

he dicho que así lo sostienen graves autores : por lo demas no niego yo que fueran *once mil*.

#### El pleito del arzobispo.

Mil veces habia yo leído en los periódicos de España, largos y frecuentes artículos relativos á las serias contestaciones que mediaban entre el papa, el rey de Prusia y el actual arzobispo de *Colonia*. Mas, aunque por su lectura conocia que era una cuestion gravísima la que entre estos tres altos personajes se agitaba, la habia mirado siempre con aquel frio interes con que solemos mirar los españoles los negocios y diferencias que en países lejanos ocurren, y que en nada se rozan con los asuntos propios. Así pues, no me habia yo curado de sondear el origen y esencia de la cuestion del *arzobispo de Colonia*, y quizá lo mismo que á mí, sucede á muchos de mis paisanos. Natural era que hallándome en Colonia procurara ponerme al corriente del origen y causas de tan importante debate. Así fué en efecto, y he aquí las noticias que adquirí.

Los colonienses son generalmente católicos, pero todos los extranjeros que allí residen son luteranos; y en el código que el rey de Prusia ha dado á las provincias del Rin en reemplazo del código de Napoleon que las rigió por espacio de veinte años, se dispone que los hijos de padre protestante sigan la religion de su padre. Contra este artículo es contra el que se pronunció con todas sus fuerzas CLEMENTE AUGUSTO, actual arzobispo de Colonia, que ha querido hacerse mártir en una época en que parecia no estar en uso el martirio. Apoyado en el poder espiritual que habia recibido del papa, se declaró abiertamente en oposicion al poder temporal del rey, protestando que no autorizaria á sus sacerdotes á bendecir ningun matrimonio mixto sin que los padres, al rey de lo dispuesto en el ordenamiento real, se comprometiesen formalmente á educar sus hijos en la religion católica; que si para ellos el matrimonio no era mas que un contrato y no un sacramento divino, sacerdotes luteranos tenian que lo autorizaran, de ningun modo él ni su clero, á no ser con aquella condicion.

He aquí el origen de la famosa cuestion *sobre matrimonios mistos*; que ha valido al actual arzobispo de Colonia persecuciones y arrestos en fortalezas militares, que ha producido envíos de tropas, rechazamientos de estas por el pueblo, graves conmociones en el país, contestaciones serias, fuertes y pesadas entre el papa,

el rey y el prelado, que ha podido ocasionar fatales escisiones, y que últimamente, para bien de la Iglesia y del Estado, parece tocar á un desenlace ménos funesto de lo que se podia temer.

#### Agua de Colonia.

— Señor, (me dijo Tirabeque apénas salimos de la catedral), diga Vd. á este doméstico que nos lleve, ántes que á otra parte alguna, á ver esa famosa *agua de Colonia* que tanto nombre tiene por el mundo; y ahora es la ocasion de llevarnos para España algunos cubetos de ella, que supongo no nos costará mas que la vasija y el porte. ¿Pues qué, crees que el *agua de Colonia* es acaso la que lleva el *Rin*? — No, señor, pero por fuerza habrá alguna fuente muy abundante, puesto que da para surtir todas las perfumerías del mundo, y cada uno podrá llevar los cántaros que le acomode en tocándole su vez. En llegando á España, mi amo, hasta los hábitos voy á empapar en agua de Colonia, para que oliéndome desde média legua, digan : « ¡ Qué perfumado va Tirabeque ! Bien se conoce que acaba de llegar de Alemania, y que ha traído agua de Colonia por mayor. »

Hícele presente á nuestro guia el deseo de Tirabeque. « Está bien, me respondió, ahora mismo os conduciré al almacén de *Juan María Farina*, sucesor de *Paolo Féminis*, inventor del famoso cosmético, que es el almacén mas surtido y acreditado de la ciudad. » Nos condujo pues frente al mercado viejo (*Altenmarkt*). — Entre nosotros aquí, nos dijo. — Señor, me decia Pelegrin, yo hubiera querido cargar en la misma fuente; pero en fin, si es por tomar al mismo tiempo la vasija, no tengo inconveniente que llevemos de aquí algunas pipas ó barriles, aunque salgan un poco mas caros. — Estos señores, (dijo el *domestique* á una gruesa dama de mostrador) son extranjeros y quieren llevar á su país agua de Colonia. — Y bien, ¿ cuánta gustan llevar? — Señora, contestó Pelegrin, cuatro, seis ó doce cubetos, que con tal que tengámos para una buena temporada, por barril mas ó ménos no hemos de reparar.

Figúrese el lector cuál se quedaria mi lego al ver que en lugar de cubas ó toneles, nos presentaban unos pequeños frasquitos, muy historiados sí, pero de pocas onzas de agua. — Señora, le dijo, no ande Vd. con miserias; nosotros la queremos por mayor, por mayor. — Y bien, ¿ cuántos cientos queréis? — Eche Vd. ochocientos ó mil. ¿ Á cómo es cada añagaza de estas? — Á dos

francos y medio cada uno. — Señora, ¿piensa Vd. que aunque extranjero en el país, soy de los que se maman el dedo? Un frasquito de estos cuesta en Madrid, en la calle del Caballero de Gracia, seis reales, ó sea franco y medio; con que es decir que aquí..... — Con que es decir, le respondió la hermana colonniense, que aquella no puede ser verdadera Colonia. — ¡Señora.....!!! Vd. ataca el honor nacional español!! — Lo que puedo decir á Vds. es que son precios fijos.

No hubo remedio: el precio no se bajo; yo sin embargo compré algunos frascos por el gusto de traer *agua pura y legítima de Colonia*, tomada del fabricante mas acreditado y del almacen mas surtido de la misma ciudad, no con poco sentimiento de Tirabeque, que habia creído iba á cargar cubas enteras de agua de Colonia, de balde *vel quasi*; y que cada vez que desde entónces la ve anunciar en España á tan módicos precios como se vende, dice para sí: «¿Legítima de Colonia, y á mí me la dan á seis reales el frasco? *Nequaquam mihi*: que lo crea el que no haya estado en Colonia en el almacen de *Juan María Farina*. »

#### Dietas, bailes, conciertos, máscaras, exposicion y loterías.

Para todo esto y mucho mas sirve un vastísimo salon del *Gürzenich* ó antiguo *palacio del comercio*, á que fuimos llevados por nuestro *commissionnaire*. — ¿Cuántas personas hace el local? le pregunté yo. — De 3,500 á 4,000 pueden estar cómodamente. — ¿Y qué objeto decís que tiene este salon? — Antiguamente se tuvieron en él muchas dietas. — Diga Vd., buen amigo, (preguntó Tirabeque): ¿y se acabaron ya las dietas? porque si aun prosiguen, estoy porque nos retiremos cuanto ántes del salon, que los viajeros no estamos para dietas. — No has de ser majadero, le dije: las dietas que aquí se han tenido no son dietas de comer, sino dietas germánicas, ó sea el congreso ó asamblea general de los círculos de Alemania. — Así es, repuso el guia. Posteriormente, añadió, ha servido para bailes de máscara en los carnavales. — ¡Hola, amigo! ¿Tambien por aquí los salones del congreso sirven para salas de máscara? Yo creía que solo en España habia esto. — ¿En España tambien? — Sí, señor, con la diferencia que aquello fué primero salon de máscaras, y despues se ha destinado á templo de las leyes, y aquí sucede al reverso.

— ¿Con que tambien se celebra en Alemania el carnaval? — ¡Oh! sí; pero exclusivamente el lunes y mártes; se paga un *tha-*

*ller* por la entrada, y se cena aquí, pero cada concurrente tiene que venir provisto de cubierto. — ¡Cosa rara en verdad! ¿Y tiene algun mas uso este salon? — ¡Oh! sí: aquí se celebran los famosos conciertos que cada tres años vienen á dar los músicos de Viena: ¿veis aquel departamento adornado de antiguas molduras doradas del género gótico? Pues allí se coloca la numerosa orquesta. Tambien se hace en él la exposicion pública anual de pinturas: estos tablados que veis, aun son restos de la que recientemente ha tenido lugar este año.

— Decidme; ¿qué significa este gran cilindro de madera que hay en medio? — Esa es la caja en que se insaculan las bolas de la lotería del Estado, cuya extraccion se hace tambien aquí. — ¿Luego tambien en Alemania se juega á la lotería? — Ciertamente: ella es una de las cuatro fuentes de las rentas públicas de los Estados prusianos; que son los correos, las contribuciones, la lotería y el monopolio de la sal. — Pues dígole á Vd., exclamó Tirabeque, que es un comodín el saloncito este.

#### Abogado hablador.

— ¿Gustáis, nos dijo en seguida el cicerone, visitar el *oberlandesgerichte*? — ¿Y quién es, preguntó Tirabeque, el señor *obrandogerichte*? ¿Es algun personaje de la familia real? — ¡Ah! perdon: es el tribunal superior de esta regencia. — Pues hubiera Vd. dicho la audiencia ó chancillería, y nos hubiéramos entendido, y no el *obrandogerichte*. — Que me place, le dije yo. Y nos dirigimos allá.

El edificio es una magnífica galería moderna semicircular de un solo piso. Entrámos en la sala primera del tribunal, donde se estaba viendo un pleito sobre daños causados por un barco á otro. La sala era sencilla, con pavimento en declive como el de los teatros: siete jueces, dos abogados, dos procuradores y un alguacil circundaban una mesa, donde se veian algunos libros y unos tinteros negros, sumamente sencillos, y hasta pobres. El traje de los jueces era la toga con manga larga; el de los abogados se distinguia en dos ó tres pielecitas blancas sobrepuestas á una especie de manga prendida á la espalda, y en una golilla tambien blanca, semejante á la de los clérigos franceses. Habia bastante público, y aunque nos encontráramos bien en razon á la buena temperatura que daban á la sala dos estufas, deseosos de ver mas pasámos á la sala segunda, cuyo aparato y adorno apenas se distinguia del de la primera.

Aquí encontramos un abogado perorando en pié, haciendo la defensa de su parte ó de su cliente. Aunque nada entendíamos, gustábanos el desparpajo y la afluencia oratoria que demostraba. Decía con desembarazo, hablaba sin vacilar, charlaba sin escupir. La facundia no podía negársele : de la lógica de su razonamiento yo no podía juzgar, porque no comprendía una sola palabra ; pero vive Dios que por copiosas y abundantes que sean las fuentes de donde nace el Rin, no brotarán de ellas tantos borbotones de agua como raudales de berosidad salían de la boca de aquel abogado. Yo sin embargo le escuchaba con gusto, si bien hubiera deseado oír al otro abogado su contrincante. — Señor, me decía Tirabeque al oído, ¡que en todas partes hayan de ser los abogados tan habladores ! Ahora véngame Vd. diciendo que los alemanes son taciturnos.

Mé dia hora iba trasecurrida, y el juriconsulto no había salivado : á los tres cuartos hizo una pequeña pausa, á la que creí seguiría el « *dixi.* » Pero fué para pedir por señas un vaso de agua : llevóse el alguacil, bebió y prosiguió de nuevo como si principiaria entónces. Nos cansámos, y salimos dejándole con la palabra en la boca. No sé si á esta hora habrá concluido su oracion. Yo pregunté al guia el nombre de aquel abogado, que me dijo ser uno de los que tenían mas fama en Colonia. Siento no acordarme de él, por tener el gusto de consignar en estas páginas el nombre del juriconsulto hablador.

#### Otra vez Rubens.

Á la salida del tribunal encontramos unos pelotones de reclutas que en el campo contiguo á un cuartel se estaban instruyendo en las primeras maniobras del ejercicio militar. Parámonos un rato, observando primero el águila negra de Prusia coronada de la diadema real que constituía el escudo de armas del cuartel, y símbolo de las armas reales de aquel reino ; mirando despues las garitas de los centinelas pintadas de fajas blancas y negras, que son los colores del pabellon ordinario de Prusia ; y fijándonos en seguida en la manera cómo se enseñaba el ejercicio á aquellos soldados bisonos.

Grandemente se reía Tirabeque con algunas de las evoluciones de los reclutas, principalmente con las furiosas patadas que á la voz de « alto » les enseñaban á dar, y que retumbaban atrozmente en el suelo ; y mas todavía el verles, á otra voz de mando,

fijar una rodilla en tierra y afianzar la culata del fusil en el muslo derecho, con otras evoluciones raras que él decía no haber visto en ninguna táctica, ni yo tampoco. La tropa no era de gran talla.

Viendo y encontrando por todas partes lujosas tiendas y abundantes almacenes de pipas, utensilio el mas popular del país, llegámos á una calle donde me llamaron la atencion dos inscripciones que en dos lápidas de mármol negro en una casa de la izquierda se veían, con un antiguo retrato en medio. Miré con cuidado, y llamando á nuestro guia : « *Mr. le domestique,* le dije, ¿es el retrato de *Rubens* este ? — En efecto lo es, me respondió : esta es la casa en que nació el principe de la pintura flamenca ; esa larga inscripcion que veis sobre la puerta lo explica ; pero quizá no la comprendáis, porque está en aleman. — ¿Y la otra que se ve mas arriba ? — Aquella dice, que en esta misma casa murió la célebre *María de Médicis*, mujer de Henrique IV de Francia. La princesa protectora de las artes (único mérito que tuvo la funestamente famosa *María*) y el protegido artista que pintó los cuadros de su historia, ambos vivieron bajo un techo. Hoy posee esta casa el comerciante *Lambez*, que no la daría por todo el oro del mundo. Si queréis ver la capilla y pila bautismal en que fué bautizado *Rubens*, iremos á la iglesia de San Pedro. — Con el mayor placer, (le respondí) ; ahora mismo. — Espere Vd. un momento, señor, que estoy contando las ventanas..... diez y siete ventanas y dos pisos tiene la casa de *Rubens*, mi amo. — Bien, hombre, eso es una puerilidad. »

Fuimos pues á San Pedro, y tuvimos el gusto de ver la pila en que fué bautizado el famoso pintor, con una de sus obras maestras, un *San Pedro* crucificado en vice-versa, que se enseña con mucho misterio. Sin embargo, no está tan honrado *Rubens* en COLONIA como en AMBÉRES.

En el camino ya del hotel, y cerca de un templo luterano, oímos muchas voces de muchachos acompañadas de violin ; pero muchísimas voces, así como si fuesen mas de cien los chiquillos voceantes, y por cierto perfectamente acordes y armoniosas. — ¿Qué significa esto ? preguntámos al guia. — Esta, respondió, es una escuela de primeras letras : en las escuelas de Alemania se enseña á los niños á cantar arreglándose á la nota,

#### Teatro.—Don Juan.

Por la noche nos fuimos al teatro. Si el mercado de DUSSELDORF

me habia recordado los mercados españoles, el teatro de COLONIA por su forma y sencillez me recordó al momento los teatros de España, como la fisonomía de muchas de las aldeas del país se me antojaban las aldeas nuestras; y no fueron solo estos los puntos de contacto que á mí me pareció hallar entre españoles y alemanes, sino que, ó fuese aprehension mia, ó fuese así en realidad, yo creo haber encontrado semejanzas muy marcadas hasta en algunas de las costumbres y en algunos rasgos del carácter de los habitantes de ambos países, mucho mas que entre españoles y franceses, á pesar de ser convecinos, y que entre españoles y flamencos, á pesar de nuestra antigua dominacion en ambas Flándes.

Representóse aquella noche la ópera alemana: *Don Juan*. La compañía no era sobresaliente: la orquesta se componia de treinta y tantos instrumentos. No habia mucha concurrencia, y la funcion mas estuvo fria que animada.

#### Recojamos velas.

El tomo crece, y el viaje no se acaba: y por mas que me he propuesto ser compendioso y sucinto, por mas que he procurado entresacar del abundoso campo de mis apuntes de viaje puramente lo que me ha parecido necesario para dar una idea de cada país y cada pueblo, esforzándome por encerrar en este solo volumen observaciones con que pudiera haber llenado dos ó mas, á pesar de eso las jornadas dan de sí mas que las páginas, y es ya forzoso recoger velas, y tocar á nueva retirada desde Colonia.

Pero no puedo ménos de aconsejar al viajero que llegue á las orillas del Rin, que no se vuelva sin subir siquiera hasta *Coblenza y Mayenza*, y aun mas allá si le es posible, seguro de que me habrá de dar las gracias, pues encontrará, como yo encontré, comarcas risueñas, poblaciones lindas, antigüedades curiosas, ruinas venerables, crónicas extrañas, leyendas extravagantes, tradiciones indefinibles, recuerdos históricos, y costumbres dignas de estudio; y le parecerá algunas veces, como á mí me parecia, que viaja por un país encantado, que pocos habrá á fe mia, que ofrezcan mas encantos y que merezcan tanto ser visitados por el hombre estudioso y observador como las orillas del Rin, y así son ellas frecuentadas cada año por los hombres de letras de todos los países de Europa.

Yo, Fr. Gerundio, cediendo á la necesidad de poner término á

estos mis desaliñados apuntes, me contemplo otra vez de vuelta en COLONIA, y desde aquí dispongo mi regreso á España por el camino mas breve. Comunico pues mis órdenes á Pelegrin, y preparado nuestro equipaje, una mañana á las siete y média nos embutimos en un *ómnibus*, y flanqueando las murallas semicirculares de la ciudad, al cuarto de hora nos hallamos en el establecimiento de donde parten los convoyes de vapor para el nuevo carril de hierro que conduce de *Colonia á Aix-la-Chapelle*.

#### Nuevo camino de hierro

Tan nuevo era este carril, que se habia inaugurado en aquella misma semana. Era el cuarto dia que se viajaba por él. Resentíase aun el servicio de la falta de práctica; y las detenciones en cada *estacion* descubrian dos cosas, la poca costumbre en la operacion de los relevos, y la diferencia de la flemma alemana á la viveza belga. Habíanse hecho sin embargo reformas ventajosas en los carruajes, siendo una de ellas los colchoncillos que cubrian todo el piso de los coches; reformas que agradecieron no poco nuestros piés en la fria *estacion* en que esta jornada hacíamos.

Ni los conductores tocaban la trompeta como en Bélgica, ni habia tanta afluencia de viajeros como en Bélgica, ni se privaba fumar tan rigurosamente como en Bélgica, ni se pedian tantas veces los billetes como en Bélgica. Pero ni el desahogo, ni la libertad que gozábamos, nos alegró tanto como haber oido á un anciano que en nuestro coche venia dirigirnos la palabra en español, aunque chapurrado. — «Veo, nos dijo, que Vds. son españoles. — Servidores de Vd.: y Vd., dado que no lo sea, al ménos debe haber estado algun tiempo en España. — No, en verdad; pero mis ascendientes vinieron de allí, y aunque esto hace muy largo tiempo, se ha ido trasmitiendo de padres á hijos algun conocimiento del idioma español. Por lo demas, yo soy nacido en *Amsterdam*, y allí estoy establecido con casa de comercio. — ¡Hola! en *Amsterdam*! Allí hemos estado nosotros el mes pasado. — Puesto que Vds. son españoles, quizá conozcan mi apellido; *Méndez*. — Mucho, contestó súbitamente Pelegrin: conozco una infinidad de *Méndez* en España. Y el nombre ¿se puede saber? — ¡Oh! sí; mi nombre es *Josué*. — *José* querrá Vd. decir, que no *Josué*: la *u* está de sobra. — Ah, no, perdon: mi nombre no es *José*, sino *Josué*: *Josué Eleazar Méndez*. — Señor, (me dijo entonces Tirabeque acercando su boca á mi oreja izquierda), el diablo

me lleve si el señor Josué no es uno de los treinta mil judiazos que hay en *Amsterdam*: esa *u* se me hace muy sospechosa; milagro será que este hombre sea cristiano.»

Así era efectivamente, según después se aclaró, lo cual dió motivo á graciosas contestaciones entre él y Tirabeque.

En esto el terreno se iba elevando, encontrábanse ya montañas formales, y entramos en un *tunnel* ó camino subterráneo como de unos tres cuartos de legua. — ¿Qué le parece á Vd. de esta oscuridad, señor Josué? preguntó Tirabeque al mercader israelita. — ¡Oh! es espantosa, le respondió: es una lobreguez terrible. — Pues mire Vd., añadió Tirabeque; así tienen Vds. que quedarse los que esperan el Mesías, tan á buenas noches como estamos ahora. Yo le apreté un pellizco por correctivo de su imprudencia, pero él léjos de callar, «sí, señor, prosiguió, aunque el amo me pellizque, así tienen Vds. que quedarse los judíos.»

De este modo, poco más ó ménos, fuimos continuando nuestra jornada, hasta llegar á *Aix-la-Chapelle*, última ciudad de Alemania por aquella parte, ó sea la primera entrando desde España por las fronteras de la Bélgica. Tomámos nuestro *ómnibus*, y nos dirigimos al gran hotel del *Dragon de oro*. Almorzámos, y salimos por la ciudad á practicar nuestra visita de ordenanza.

#### AIX-LA-CHAPELLE.

##### Los duendes.

El *cicerone* de *Aix-la-Chapelle* (ó *Aquisgran* como en español decimos) habia sido sargento del ejército de Napoleón, y habia hecho la guerra en España por cuatro ó cinco años. Mucho se alegró él cuando supo que éramos españoles, pero más nos alegrámos nosotros cuando comenzó á hablarnos en español, aunque tan magullado como se deja suponer en quien habia aprendido el idioma de los alojamientos, y aun este mismo hacia treinta años justos que no le usaba.

Tal era sin embargo el hambre que traíamos de oír hablar nuestra lengua nativa, que al pronto nos pareció haber topado con un Cervantes ó un Rioja. Pero no tardó en pesarnos del hallazgo. Verdadero tipo del hombre-pelma, parábase á cada paso á referirnos sus azares de campaña, y á informarnos de cuantas vicisitudes generales y particulares habia experimentado en la guer-

ra. — Bonita ciudad es *Aix-la-Chapelle*, le decia yo: hermosos edificios son los de este pueblo. — Sí, señores, el caserío es hermoso. En Talavera salí yo herido en esta pierna: ¡oh! mi regimiento se batió allí con bizarría. — ¿Qué población tendrá la ciudad? — La ciudad tiene unos 40,000 habitantes. En la batalla de los Arapiles caí yo prisionero, y fui canjeado en Badajoz. — Lo creo muy bien. Pero dígame Vd., ¿qué edificio es este? — Esta es la casa de Ayuntamiento; después subiremos á ella, y enseñaré á Vds. grandes cosas. — ¿Y esta estatua que hay en medio de la plaza? — Esa es la estatua de Carlo-Magno: reparad á sus dos lados dos viejas águilas de bronce con sus plumas negras y herizadas. Ya sabréis que son las armas de Prusia. Señores, en Ocaña volví á salir herido en este brazo: mirad, aun se conoce la cicatriz. ¡Pero qué buen vino bebimos en Ocaña! ¡Oh! buen vino; soberbio; ¡diablo, qué vino tan famoso! — Diablo que cargue con tu estampa, sinapismo de Barrabas, exclamó Tirabeque. Ande Vd. con mil pares de canarios, y explíquenos las cosas de la ciudad, y déjenos de batallas y de historias, que no hemos venido aquí á eso. — Perdon, señores; sigan Vds. por aquí, y ahora les contaré una de las historias más curiosas de *Aix-la-Chapelle*.

Continuámos pues hasta una calle estrecha. — Esta es, nos dijo, el *Hinzen-Geeschen*. — ¿Y qué significa el *Hinzen-Geeschen*? — Significa..... ¡oh diablo! ¿cómo se llama en español una *ruelle* ó *petite rue*? — Será una *callejuela*. — Eso, sí señor, esta es la *callejuela de los duendes*. — ¡Hola! ¿hay *duendes* por aquí? — Escuchad, os referiré una crónica divertida.

«Había antiguamente en el país del Limbourg unos inmensos subterráneos, á cuyas extremidades nadie se habia atrevido á llegar. En estas cuevas, que de día parecia estar desiertas, se reunia desde el anochecer una tropa de *duendes*, que se pasaban la noche en alegres comilonas, cantando en una lengua desconocida, y echando buenos trinquis en unas copas de oro, cuyo choque imitaba perfectamente el sonido de una campanilla. Una noche sucedió que cierto pastor á quien se le habia extraviado un becerrillo, oyendo el ruido de la cueva penetró en el subterráneo, creyendo que el sonido que percibía era de la campanilla de su becerro. Entra, y se halla con la familia de los *duendes* que bebían, cantaban y jugaban alegremente. Retirase el pastor sin ser sentido, y se encamina apresuradamente á contar á su confesor la escena de los diablillos que acababa de presenciar. El confesor era un